

Allá no alcanzarán las desventuras,  
Ni del mundo infeliz el hondo grito !

¡ Sigue tu marcha hasta lograr la cima,  
Beban tus hijos el celeste vino,  
Y llore el mundo, y se retuerza, y gima  
En los cimientos del imperio andino !

Y acuérdate de mí ! No me abandones  
En el mar borrascoso de la vida ;  
Mi barco es débil, grandes las pasiones,  
Y siento el alma triste y dolorida.

Enséñame la cruz, muéstrame el cielo,  
Dame valor y fe, luz y blancura,  
Para emprender el gigantesco vuelo  
Gritando como tú : *¡ siempre a la altura !*

ALBERTO HOLGUIN

Oficial del Colegio del Rosario

---

---

## Enrique Conscience

(1812-1883)

Este nombre despertará poco entusiasmo e interés en las nuevas generaciones colombianas dedicadas a la lectura y a estudios literarios. Si en vez de Conscience se hubiera escrito Mæterlinck, una sonrisa en los labios y un aspecto distinto en el rostro del lector indicaría que se trataba de un nombre familiar y simpático para él. Sin embargo, Conscience fue en otra época un autor muy conocido y estimado de los lectores colombianos, a quienes *La Caridad* proporcionaba el indecible gusto y el especial favor de ofrecerles las deliciosas novelas del autor belga, esmeradamente traducidas al español. El compartía con Fernán Caballero el dominio sobre los hogares cristianos, a

donde se dirigía principalmente el influjo que se proponía alcanzar aquel periódico escrito con tanto brío y elevación, uno de los mejores servidos y de los que mayor bien le han hecho a la sociedad de Bogotá y en general a la de la nación entera. Después de conocidas en *La Caridad* las principales obras de Conscience, circularon en ediciones francesas, luégo pocas de ellas en malas traducciones venidas de la Península, y ya más tarde sólo *La Tumba de Hierro* se veda en algunas manos femeninas en la edición ofrecida a sus favorecedores por la simpática y bien escogida *Biblioteca Popular* de Jorge Roa.

A nadie hay que culpar del olvido en que hoy tenemos a Conscience, porque cada época va trayendo sus gustos según la evolución del pensamiento y de las ideas que se efectúan en Europa, de donde nos viene la moda intelectual que se luce en América, con el mismo gusto y entusiasmo con que ostentan las señoras el modelo de vestidos medio abandonado ya en los talleres de París.

Sin embargo, hace pocos meses celebraron los belgas inusitado, con entusiasmo el centenario de Enrique Conscience, parecido sólo al que mostraron los franceses en la celebración del centenario de Víctor Hugo. Raras veces se exterioriza la gratitud de un pueblo hacia un hombre con más justicia que la tributada ahora por los pueblos flamencos a su novelista e historiador favorito. El no fue un gran pensador, pero no sólo el pensamiento deja huellas indelebles y profundas en las letras de un país. En Bélgica no se escribía sino en francés cuando Conscience comenzó a llamar la atención del público con sus escritos. Hijo de padre francés y de madre belga, hablaba el dialecto flamenco y la lengua francesa, y fue ésta la que principió a usar cuando escribió su primer libro. Pero no encontrando gusto en sus palabras ni hallando valor alguno a su frase, se puso a escribir en flamenco, y ya le encontró sabor a su estilo e interés a su narración. Entonces continuó haciendo uso del dialecto popular y comenzó a formar

un público que gustara de la lectura en flamenco, y fue tal el éxito que al fin alcanzó, que hoy es éste un idioma hablado por la gente más culta de Bélgica, en el que se escriben obras de la mayor importancia, al paso que el francés pierde diariamente el terreno que va ganando su émulo. Darle lengua propia a una nación es hazaña superior a darle independencia, porque no hay patria que libertar cuando no hay idioma, ni religión, ni hogar. Y esa cruzada patriótica en favor del flamenco no la emprendió Conscience haciendo uso de grandes recursos pecuniarios, ni con las influencias que da una elevada posición social. Su padre vivió mucho tiempo de lo que le producía la compra y venta de cascos viejos de buques abandonados en un muelle; su madre asistía una tienda de granos y vivía con su marido y su hijo en un camarote construído con los mismos pedazos de los navíos abandonados. Conscience, de origen humilde y pobrísimo, dio principio a su carrera desempeñando oficios sobrado modestos. De último empleado de una municipalidad, con un sueldo de cien pesos anuales, de ayudante después de un jardinero, fue poco a poco por medio del trabajo y del estudio preparándose una posición como ciudadano y como escritor, y así llegó a hacerse conocer como patriota y como novelista. Nunca alcanzó a llevar una vida holgada, pero tuvo a su cuidado un tiempo la educación de los hijos del Rey Leopoldo, y al fin llegó a director del Museo Wiertz, donde lo visitó nuestro distinguido escritor don José María Vergara y Vergara y en cuyo desempeño murió llevando vida modesta, pero considerado ya como el representante genuino del belga flamenco.

Para estimar lo que puede el esfuerzo propio puesto al servicio de una idea y del objetivo de una vida, debe saberse que con los pocos elementos de que disponía Conscience, habiendo recibido una educación muy descuidada y sin más arsenal literario que el acumulado en su avidez de lectura, llegó a escribir cien volúmenes de historia, no-

velas históricas y novelas de costumbres. Cuando publicó el *León de Flandes*, considerada como la más popular de todas sus obras, la venta del libro no cubrió los gastos de la impresión, y el autor necesitó balancearlos de su propio bolsillo. Pero su labor no fue inútil, se creó amigos, fundó escuela, y cuando apareció su centésimo volumen, el pueblo belga le hizo la manifestación más ruidosa que se conoce en los anales literarios, y tal vez en los del mundo entero.

Es natural creer que para llegar al grado de popularidad alcanzado por Conscience en su país, no bastó que su pluma se inspirara en la musa del antiguo flamenco; él supo despertar interés en sus lectores por su estilo agradable, cautivarles la atención por el encanto que da a los grandes hechos de la historia, y la simpatía con que habla de los célebres personajes nacionales de las épocas heroicas de Flandes. Trazó en cuadros inmortales la sencilla vida de familia; describió con encantadora naturalidad las costumbres de diversas clases sociales, y en vez de cansar por la monotonía de los asuntos, dio a su paleta variedad de tonos y delineó la vida con todas sus peripecias; poetizó el dolor y mostró el vicio en toda su fealdad. Los dramas de las pasiones humanas no asumen en sus obras los caracteres de los grandes crímenes, ni la narración de las faltas de sus personajes ofenden el rubor de sus lectores, sin que esto dañe el interés y el encanto con que se devora el libro desde el principio hasta el fin. Si pinta el campo, lo hace amable; si describe su vida tranquila, les da a sus escenas un embeleso especial y logra dominar la atención del que lo lee.

*La Tumba de Hierro* es un idilio primoroso, triste, pero no desgarrador, que resiste la comparación de *Pablo y Virginia*, de la *Evangelina* de Longfellow, y de los grandes poemas de amor. *El Hidalgo Pobre* es una narración de esas en que se describe la historia tan sabida, pero siempre nueva, de cómo la inexperiencia y la desgracia van llevando

a menos a una familia que alcanzó tiempos mejores. En todas sus obras patrióticas e históricas, como el *León de Flandes* o el *Burgomaestre de Lieja*, o sentimentales, como *Rosa la Ciega*, el *Demonio del Dinero*, *Rike, tike, tak*, o *Qué dicha la de ser rico*, etc., hay interés, espíritu fino de observación y cuadros maestros, de atractivo y naturalidad.

Algunos creen que las obras destinadas a vivir son sólo aquellas en que domina una idea universal, en que, saliendo de la región, el pensamiento abarca un horizonte extenso, y en las que el cerebro desempeña un papel más importante que el sentimiento. Así, para ciertos críticos, la obra de Mæterliack tendrá lectores más duraderos que la de Conscience, y su nombre significará más en la literatura europea. Pero aun dando esto por cierto, en su país habrá hecho éste obra más patriótica y duradera que el otro; y Conscience es hoy para Bélgica lo que Víctor Hugo para Francia: simboliza la patria, en sus obras estudia el pueblo su propia fisonomía y ven sus conciudadanos el espíritu nacional; y las deliciosas narraciones históricas y de costumbres de Conscience comprueban el sentimiento de que hay un idioma y una literatura nacionales, que necesitan cultivo para darles mayor esplendor.

JUAN A. ZULETA.

## EN LOURDES

### I

Cuándo me figuraba, ¡oh Madre mía!  
 Cuando en Colombia con amor leía  
 El libro de Lasserre,  
 Y me embriagaba en su perfume suave,  
 Hoy de la orilla del hermoso Gave  
 Sus maravillas ver.

Cuándo pensé la misteriosa gruta  
 Poder mirar, do el orbe te tributa  
 Su ternura y amor;